



José Espinosa Martínez

DOMI TUVO
UN SUEÑO



**alfaqueque
ediciones**

Colección NARRATIVA
2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Director colección: Fernando Fernández Villa

“Domí tuvo un sueño”
© José Espinosa Martínez, 2019
© Alfaqueque Ediciones, 2019
Apartado de correos, 68
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>
<http://alfaquequeediciones.blogspot.com>

Fotografía de portada: KrisTyNe GL

Primera edición: abril de 2019

IBIC: FA
ISBN: 978 84 949252 1 4
Depósito legal: MU 371-2019

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Kadmos
Salamanca

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un ciprés (Cupressus sempervirens) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



Índice

1. La sorpresa	9
2. La visita al especialista	21
3. Sucedió en la barra de un bar	33
4. Los mejores consejos	41
5. Domitila no puede dormir	53
6. La muerte prematura	67
7. Y volvió a suceder	79
8. La dolorosa marcha de Carlos	93
9. La visita II	103
10. El viaje a ninguna parte	113
11. Y volvió a suceder II	129
12. El encuentro con Berta	139
13. Enfrentados	147
14. La disculpa de Carlos	159
15. Nunca es tarde	169
16. Sospecha	181
Epílogo	199

Bien poco enseñó la vida
a quien no le enseñó a soportar el dolor

Desconocido

Para los altos muy altos,
para los que se consideran gordos,
también para los escuálidos,
para los bajitos, bajitos,
para los precavidos e inseguros...;
en definitiva para todos aquellos
que se sienten diferentes
y sufren cuando los denominados “normales”
no los tratan con el amor y respeto que merecen

La sorpresa

La sorpresa que ningún padre desearía recibir y la posterior noticia del especialista en pediatría que lograría al menos aplacar su inicial desazón, después de examinar con escrupulosa atención a la recién llegada.

Cuesta imaginar las causas por las que unos padres que podrían ser considerados normales, decidieron poner a su primogénita, y la que intuían sería su única hija, el estrambótico nombre de Domitila. Ante la pregunta de varios de sus familiares y conocidos, que se atrevieron a interrogarles sobre esa delicada cuestión, respondieron que siempre les acompañó el firme presentimiento de que ese angelito sería muy diferente al resto de los mortales.

Y con el transcurrir de los años la realidad les mostraría que no se equivocaron, aunque en ningún instante sospecharon lo singular que llegaría a ser esa nueva vida y por las innumerables vicisitudes que se vería obligada a transitar durante ese accidentado recorrido.

Y esa niña fue ciertamente especial desde el inicio. Cuando al poco de nacer la matrona la depositó con mimo sobre el sudoroso pecho de Amelia,

esta pudo advertir el escaso peso y sobre todo las reducidas dimensiones de la recién llegada que, en contra de lo pronosticado, tanto la había hecho padecer durante el parto, un alumbramiento que se le haría, además de angustioso, largo, muy largo.

Domitila presentaba una abundante mata de pelo negro y unas proporciones que de inmediato hicieron temer a sus padres que podría acabar introducida en una incubadora, y además durante un prolongado periodo, lo que por fortuna no llegaría a concretarse. Amelia, en cuanto se percató de esa llamativa circunstancia, no lo pudo evitar y le dirigió a su esposo, que observaba a la criatura con un gesto de indudable preocupación, una mirada estremecida seguida de una espontánea y débil exclamación.

—¿Te has fijado, Roberto, pero si nuestro bebé es tan pequeño, tan pequeño, que parece apenas una pulguita?

—Claro, claro que me he fijado, pero crecerá, cariño. Démosle tiempo y crecerá sana y nosotros la disfrutaremos mientras gana en centímetros y peso —le respondió temiendo no haber conseguido tranquilizarla del todo.

Desde prácticamente ese instante la niña, que según los doctores había nacido dotada de excelente salud, sería llamada de dos diferentes formas, utilizando una u otra dependiendo si era requerida en público o en privado.

Esa inicial prevención, tendría como principal consecuencia un comportamiento hacia ella tal vez exagerado. Roberto creyó desde el primer instante que su hija precisaría de especial atención, al menos hasta que alcanzara la madurez que le

permitiera navegar sola por las procelosas aguas de la vida, que intuía que no se lo pondría nada fácil. Y, ante estas nada claras expectativas, resolvió que la única manera de aminorar las más que probables dificultades residía en destinarle a su pequeña todo el amor y dedicación que requiriera en cualquier momento y circunstancia. Con el propósito de alcanzar ese objetivo, jamás le escatimaba caricias y regalos. Hasta tal extremo llegaría la situación, que Amelia se vería en la necesidad de hablar con él.

—Me pregunta doña Ana Palacios, la dueña de la farmacia, que, desde que nació la niña, casi todos los días, te pasas por allí a comprar un nuevo chupete o a preguntar por el último modelo de sonajero recibido; también por cualquier tontería que te imaginas le podría agrandar a nuestra pequeña. Me dice, sin esconder su inquietud, que ya no sabe que ofrecerte, que te los has llevado de todas las formas, marcas y colores, que incluso has agotado el amplio repertorio del que disponía en el almacén.

—No le hagas mucho caso. Ya la conoces y sabes más que de sobra que suele pecar más bien de exagerada.

—No sé, perdóname que te lo diga, pero me da la impresión, al menos de un tiempo a esta parte, de que no es ella la única exagerada.

Era evidente que tan solo perseguía que su querida hija creciera feliz hasta donde le fuera posible, creando una sólida coraza en torno a ella que la fortaleciera cuando comenzara a frecuentar ambientes en los que inevitablemente tendría que relacionarse con otros niños de su misma o

similar edad, circunstancia que le producía especial desasosiego.

Pero a pesar de los bienintencionados comentarios de su mujer, que en realidad opinaba que esos excesos lejos de ayudarla podrían perjudicarla de cara al futuro, también ella procuraba protegerla hasta el máximo. Esa desproporcionada protección se manifestó cuando decidió demorar todo lo posible el ingreso de Domitila en la guardería. Roberto, que se había percatado de esa anomalía, no deseaba contender con su esposa y dejó transcurrir un tiempo hasta que no le quedó más remedio, pues al ver que no reaccionaba, optó por conversar con ella.

—Querida, si continúas retrasando la incorporación de la niña en la guardería, al final, en vez de ayudarla, la perjudicarás. De pasar más tiempo con nosotros, sin posibilidad alguna de relacionarse con otros niños de parecida edad, solo servirá para que, cuando lo haga, le cueste muchísimo más. Sé que deseas todo lo contrario, pero o reacciones de una vez por todas y cambias de actitud o sufriré y además innecesariamente.

—Lo sé y no creas que a mí también me preocupa. Solo te pido un poquito de paciencia, algo más de tiempo, hasta que asimile que ya no podré permanecer junto a ella como hasta ahora.

—Si te parece bien la podríamos dejar esta noche al cuidado de Alba, tu sobrina, y aprovechar para ir a ver una peli que acaban de estrenar y que tiene una pinta que te mueres. Después, cuando termine, si te apetece, nos damos una vuelta, nos tomamos algo en cualquier sitio mientras lo hablamos con tranquilidad.

Durante los primeros años, mientras asistía a las clases para los más pequeños, no se producirían hechos dignos de mención, todo se trastocaría cuando comenzó sus estudios en la etapa Infantil y sobre todo en Primaria. En ese tiempo coincidió con otros niños que no conocía de cursos anteriores y que le harían ver sin disimulo las notables diferencias que los separaban. La época de la despreocupación, la de los juegos constantes y de las alegrías había concluido para ella.

Los consecutivos esfuerzos de sus profesores se revelarían insuficientes para impedir que las alusiones a su reducida estatura llegaran hasta sus oídos con total nitidez. Llegó incluso a dudar si su nombre real era por el que la llamaban en casa o tal vez el que cada día escuchaba con insistencia a sus espaldas en clase, en ocasiones entre susurros, en otras alto y claro, y con más profusión durante los periodos de recreo, que en algún momento llegaría a confesar que se le hacían insoportables.

Amelia y Roberto hicieron todo lo posible para acallar esos crueles comentarios y adoptaron todas las iniciativas que mente humana sea capaz de imaginar para conseguir ese objetivo. De sus conversaciones con la dirección del centro escolar no sacarían ni el más mínimo provecho, pues el director alegraría que ese era un fenómeno que se producía desde tiempo inmemorial. Aunque lo pretendieran, no lograrían impedir que esos lamentables hechos, de ese modo llegó a calificarlos, continuaran produciéndose.

—Como ustedes comprenderán no estamos dotados de personal suficiente como para poder vigilar a cada uno de los niños. Lo único que podemos garan-

tizarles es la firme promesa de convocar en los próximos días una reunión urgente en la que estarán citados los padres de los alumnos del curso al que asiste su hija y, durante ese acto, podrán expresarle su disconformidad con el trato dispensado a su pequeña.

No era nadie para dar consejos, y todavía menos cuando se trataba de un asunto tan delicado como el que les ocupaba, pero creía que la mejor solución consistía en propiciar todo lo contrario de lo que ellos estaban haciendo.

—Perdone, ¿pero nos está sugiriendo que no hagamos nada, nada de nada, que lo que nos conviene es quedarnos de brazos cruzados ante las burlas que sufre cada día una pobre niña que, además, se encuentra indefensa ante esas reiteradas agresiones? ¿Y esa es la única solución que se le ocurre? —respondió Amelia, tal y como si hubiera sido impulsada por un resorte.

Ante esa decepcionante respuesta, Roberto decidió que también debería intervenir y lo haría con contundencia.

—Usted nos responde de esa despegada forma sencillamente porque no está obligado a escuchar, noche tras noche, los llantos de nuestra pequeña que sufre al no comprender ese atroz castigo hacia su persona. Estoy seguro que lo ve de ese modo porque no se trata de su hija.

—Créanme que lamento de veras por lo que están pasando, pero, aunque le cueste creerlo, opino que la única manera de evitarlo o al menos disminuir esos dolorosos comentarios es, precisamente, no hacerles el menor caso.

Cuando la mayoría de esos gamberros advirtieran que a su hija apenas le afectaban, esas mons-

truosas manifestaciones habrán perdido gran parte de su atractivo para ellos.

—Están en su derecho de hacer suya esta recomendación o por el contrario ignorarla; ustedes deciden. De todos modos quiero que sepan que a las autoridades educativas ya se les ha enviado información detallada sobre este lamentable asunto, aunque mi abultada experiencia me dice que no debemos esperar demasiado de esa iniciativa.

Al final, después de mucho meditarlo, se decantaron por atender esas recomendaciones y, al menos durante un tiempo, creyeron que habían acertado de pleno en esa, según ellos, arriesgada decisión.

No imaginaban las palabras, ningún padre está nunca lo suficientemente preparado para eso, que sobre la posible evolución de la futura estatura de su hija se verían obligados a escuchar durante una de las visitas periódicas que realizaban al especialista en pediatría.

El doctor sometió a la niña a un completo y pormenorizado examen. Una vez que le fue auscultado el pecho, escuchado el ritmo pausado y monótono de su joven corazón, observada a conciencia tanto su nariz como su garganta y oídos; comprobada la normalidad de la respuesta de sus reflejos, pasó a averiguar su peso y para concluir medir la altura total de la niña que se encontraba descalzada para tal fin. Ya sentado frente a la mesa en la que solía pasar consulta de modo acostumbrado, les rogó a sus padres que tomaran asiento y comenzó a decir empleando un tono que siempre pretendió ser cercano.

—La nena se encuentra perfectamente y añadiría que, según nos muestran los resultados de las numerosas pruebas que se le han practicado, goza de una salud que solo cabría calificarla de envidiable. Todo se desarrolla dentro de los parámetros establecidos y, al menos en estos instantes, nada les debería preocupar. Obsesionarse con este asunto en nada les ayudará a ustedes y, todavía menos, a la niña.

—¿Entonces, —se atrevió a preguntar Roberto, empleando un apenas audible hilillo de voz—, nos asegura que su baja estatura, que tanto nos preocupa hasta el punto de quitarnos en ocasiones el sueño e incluso el apetito, no se debe a ningún problema grave de salud, que no debemos temer que en el futuro pueda derivar en una enfermedad de importancia que le impida desarrollar su vida con normalidad?

—Comprendo su inquietud pero les puedo asegurar, hasta donde este tipo de cosas se pueden asegurar, que su reducida altura nada, absolutamente nada, tiene que ver con su estado. Les repito que más sana no se puede estar; los resultados de las numerosas pruebas de diagnóstico que le han sido efectuadas así nos lo muestran.

Calculó que serían sobre veinte los años que llevaba practicando de manera ininterrumpida la medicina y les garantizó que no habían sido los únicos padres que, durante ese apasionante y en ocasiones convulsionado recorrido, se habían sentidos alarmados por la posible delicada salud de sus hijos.

—Les preocupa la menguada estatura de su niña, que por otro lado no presenta los indicios ha-

bituales de padecer acondroplasia, enanismo, sino que es bajita sin más, y no nos engañemos, ya que siempre, durante toda su vida, se distinguirá del resto por esa peculiar característica. Pero eso, el ser más menudita que la mayoría, y además de modo incuestionable, no obedece a ningún problema concreto.

Les añadiría que recordaba haber atendido hacía ya varios años a un adolescente cuyos progenitores se hallaban tan alertados como ellos pero por todo lo contrario, pues parecía que su espigado hijo no acabaría nunca de crecer. El problema, lo que observaban y les desasosegaba, es que, conforme va transcurriendo el tiempo, las diferencias entre su hija y los otros niños en vez de acortarse cada vez aumenta más.

—Nadie nos podrá garantizar que tendremos unos hijos sanos y guapos, ni altos o bajos, ni más delgados que gruesos, ni por supuesto inteligentes. Lo único que se nos está permitido «pedir» es que estén sanos. Y su hija, perdónenme por la insistencia, lo está, hasta el punto que me atrevería a decir que rebosa salud por los cuatro costados.

—Entonces, su conclusión, después de las numerosas pruebas realizadas, es que nuestra hija se encuentra perfectamente —añadiría Roberto ante ese último y concluyente comentario del médico.

—Su niña, para que lo tengan del todo claro, no padece enfermedad alguna.

El doctor se tomó unos segundos y prosiguió hasta rematar de manera definitiva y con total fluidez sus argumentos.

—Permítanme que insista en la idea de que lo que les conviene, y cuanto antes mejor, es aceptar

la realidad que les ha tocado vivir. Será fuerte y vigorosa, condiciones de las que la ha dotado la naturaleza y de las que otros no podrán disfrutar por más que lo pretendan. Puede que hasta sea muy inteligente, indicios serios tenemos sobre ese particular, pero sobre lo que no deberían albergar ningún tipo de dudas es que será menudita en extremo, y lo será, insisto, durante el resto de su vida.

Ante los reiterados requerimientos del matrimonio, les respondió que en el presente existían tratamientos paliativos, aunque molestos, que podrían en alguna medida mitigar «el problema» de Domitila. Se trataba de someter a la pequeña durante varios años a una serie de sucesivas intervenciones quirúrgicas en las que se les implantaría unos alargadores metálicos regulables y que, con ese método, lograría crecer al menos unos centímetros, aunque en realidad no mucho más.

Padres e hija dejaron transcurrir un tiempo prudencial, y coincidiendo con su décimo segundo aniversario, conversaron en profundidad sobre ese delicado asunto, y después de consultar con numerosos especialistas en esa materia, incluso de otros países, optaron por no someterla a ningún tipo de intervención.

La niña era paciente y trabajadora, respetuosa con sus padres, amiga hasta el límite de Rosa, por otra parte su única amiga conocida, y desde que consiguió que las burlas de algunos de sus compañeros apenas le afectaran, llegó a sorprender a todos con las brillantes calificaciones académicas obtenidas.

Se vio obligada por sus peculiares circunstancias a madurar deprisa y en ese terreno sacaba

amplia ventaja al resto de los alumnos de su curso. Desde ese mismo instante sus padres decidieron que el dinero que con tanto sacrificio habían conseguido ahorrar, renunciando en ocasiones hasta lo más básico, para las futuras intervenciones de su hija, sería invertido en su totalidad, y todavía más si lo estimaban necesario, en sufragar sus estudios, para lo que sin duda prometía.

